

I
E
L
A

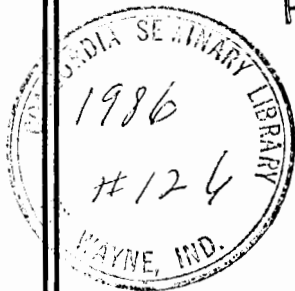
REVISTA TEOLOGICA

RECEIVED

FEB 16 1987

PUBLICACION

DEL



SEMINARIO CONCORDIA

... crezcamos en todo en aquél que es
la cabeza, esto es, Cristo.

Efesios 4: 15

1986

-

Número 126

CRISTO EN LA FAMILIA ...

I

La iglesia puede hacer un valioso aporte para mejorar las relaciones familiares.

Replantear nuestro compromiso con un importante ministerio en el seno de nuestras congregaciones puede ser una empresa de cierto riesgo. Más dificultoso aún puede resultar el intento de llevar a nuestros feligreses a una comprensión nueva acerca de diversos aspectos del quehacer de una comunidad de cristianos.

Pero cuando la iglesia se ve confrontada con la clara evidencia de que en nuestro pueblo existen necesidades que reclaman una atención no sólo en forma global, empírica, sino a domicilio, es hora de que agucemos los oídos. Y no hay otro área donde esta atención sea más urgente que precisamente "a domicilio"; o sea, en el ministerio a las familias.

Cargar con la responsabilidad por una familia es en no pocos casos una tarea agobiante, generadora de un sin fin de problemas. Más de uno de nosotros abriga serias dudas acerca de su propia capacidad para guiar a sus hijos hacia una vida plena - una vida de fe, de relación personal con Dios, una vida firmemente cimentada sobre valores positivos. Hay un cúmulo de factores adversos que amenazan con invalidar nuestras buenas intenciones. Mencionaremos sólo algunos:

- + El papel cambiante del hombre y la mujer en nuestra sociedad.
- + La falta de modelos ejemplares de conducta paternal.
- + La paulatina pérdida de importancia de la familia como centro.
- + La creciente competencia que ejercen instituciones extra-familiares.
- + La imagen negativa que proyectan los medios de difusión respecto de todo lo relacionado con la vida familiar.

A esto se añade que vivimos rodeados de un ejército de presuntos expertos que tratan de convencernos de que si seguimos el plan X, o si estructuramos nuestra familia según el modelo Y, o si nos ceñimos estrictamente a los cánones tradicionales, no ten

dremos problemas. Pero tales fabricantes de panaceas ignoran la realidad en que vivimos y la poderosa atracción que ejercen las relaciones que forzosamente tenemos que mantener con nuestro entorno.

Podemos prestar un valioso servicio a nuestros miembros si les ayudamos a descubrir que el éxito de la familia cristiana depende en primer término de la calidad de su vida en común, calidad de vida que puede presentarse en diversos aspectos y en la cual cada integrante del núcleo familiar puede asumir diversos papeles.

La gran pregunta que se nos plantea en esta década del '80 es: "¿Cuál ha de ser nuestro modo de convivir como creyentes en Cristo Jesús y como miembros de su iglesia?" J. Westerhoff, autor de un trabajo titulado 'Cómo criar a los hijos en la fe cristiana', dice que la respuesta a esa pregunta está determinada fundamentalmente por la forma cómo se vive la relación familiar en el contexto social dado.

Los padres no pueden vivir por sus hijos. Sólo pueden compartir con ellos la vida y su propia vida. El hogar no es primordialmente una escuela. Es una familia. Esto significa que los padres, en su búsqueda del camino que más los acerque a Dios, van compartiendo su tiempo, su energía, su amor y su fe con quienes los rodean.

J. Westerhoff lo expresa de esta manera: "Nuestro problema, entonces, no es: ¿Cómo hacer para que nuestros hijos lleguen a ser buenos cristianos?, sino ¿Cómo hacer para ser buenos cristianos en la convivencia con nuestros hijos?"

A la iglesia le incumbe ayudar a los padres a que vean que esto no es tan complicado ni requiere un largo aprendizaje. Lo único que requiere es sentirse liberado, en el sentido cristiano de la palabra, de modo que la manera como manejamos los eventos grandes y pequeños de nuestra vida diaria demuestre que "andamos en la presencia del Señor".

Esto incluye: hablar con toda naturalidad acerca de nuestra fe al comentar los sucesos y las situaciones del día. Significa: compartir las verdades elementales de la Biblia, mediante sencillas historias bíblicas, en la medida en que las recordamos. Significa: rodear los acontecimientos especiales en la familia

(p.ej. cumpleaños) de un marco que refleje nuestro sentir cristiano. Significa: orar en común respecto de las cosas que nos afectan en común. Significa: hacer que en nuestro trato con los demás miembros de la familia concedamos mucho más lugar al escucharlos que al hablarles. Significa: dar a todos los miembros de la familia ocasión de participar en nuestros actos de servicio cristiano dentro de la iglesia y fuera de ella.

La experiencia ha demostrado que una buena manera de equipar a los padres para este tipo de vida familiar es reunirlos en pequeños grupos donde todos en común puedan exponer y evaluar la forma cómo unos y otros dieron solución o trataron de dar solución a sus respectivos problemas. Mejor todavía será organizar retiros para matrimonios, sea por un día o por un fin de semana, en que los participantes podrán no sólo intercambiar ideas, sino ver demostraciones prácticas de situaciones-modelo.

Animemos a nuestros miembros a aplicar a sus relaciones familiares la mayor cuota posible de sencillez y amor. Así evitarán que, ante obstáculos y complicaciones, desempeñen su papel en un clima de inhibición, temor y ansiedad.

A. Valleskey,
director del Ministerio de Crecimiento
Cristiano y Educación de Adultos, Igl.
Luterana San Lucas, Ann Arbor, EE.UU.

II

Puede ser que los chicos molesten,
pero también son parte del pueblo que adora a Dios.

La presencia de chicos en el culto a veces nos causa un dolor de cabeza a los adultos. Se mueven de un lado a otro, charlan en voz alta, maltratan los himnarios o los dejan caer al suelo - en dos palabras: mayormente fastidian. La mitad del tiempo parece que no saben lo que está pasando, o no les interesa. Y justamente cuando creíamos que se van a quedar quietos, uno de ellos se levanta y se pone a deambular por el pasillo.

Pero a pesar de lo molestos que los chicos puedan ser a veces en la iglesia: su lugar está allí, simplemente porque son parte del cuerpo de Cristo que se congrega en este lugar para adorar a su Señor. Son miembros. Tienen una fe que necesita ser alimentada. Tienen una palabra de alabanza que agregar a la de los mayores (comp. Mt. 21:16). Son, después de todo, "pertinentes".

Pero el incluir a los niños en el culto de adoración no puede ser solamente eso: tolerar su presencia, y por lo demás, hacer lo mejor posible por ignorarlos. Si queremos incorporarlos de una manera que para ellos sea significativa, habremos de hacer, entre otras cosas, lo siguiente:

+ De tanto en tanto, hablemos a los niños en forma directa. A este efecto, se los puede ubicar en los primeros bancos y darles un "sermoncito para niños". O el pastor puede dirigir una que otra frase apropiada de su sermón directamente al sector infantil de su auditorio. Sea cual fuere el método que se adopte: lo esencial es hacer notar a los niños que los tomamos en cuenta, y que también ellos componen un grupo importante en la comunidad de los adoradores.

+ Aprovechemos todas las oportunidades que se nos ofrezcan - o que podamos crear - para explicar a los niños en forma breve y sencilla ciertas porciones de la liturgia que estamos usando. Algunas palabras acerca del color diferente que tienen hoy los paramentos que adornan el altar y el púlpito; la razón por qué nos ponemos de pie al pronunciar las oraciones; por qué comenzamos el culto con la confesión de pecados, y otras aclaraciones por el estilo, pueden ayudar a los niños a encontrar un sentido en lo que está ocurriendo en su alrededor. ¿Y no le parece que una información de esta índole le puede venir bien incluso a más de un feligrés adulto que ignora el significado de tal o cual parte de la liturgia, pero que tiene vergüenza de preguntar?

+ No sentemos a los chicos en los últimos bancos del templo o de la capilla. Los bancos al fondo pueden ser un lugar muy apropiado para padres con bebés, pero a los niños en edad escolar les conviene estar adelante, donde pueden oír, ver y participar. Es muy difícil sentirse integrado si lo único que se alcanza a ver es la parte posterior de la cabeza de las personas que están sentadas delante de uno.

+ Dondequiera que sea posible, hagamos arreglos para que los niños puedan aportar lo suyo al culto de adoración. Pueden cantar, integrar una procesión, ayudar a decorar el interior del templo,

Participar en celebraciones especiales (p.ej. inauguraciones) y en lecturas antifonales, hacer de aprendiz de ujier - en fin, el que busca, hallará un amplio campo de actividades donde los niños puedan sentirse parte de la comunidad de los fieles reunidos en adoración.

Admitámoslo: todo esto puede traer bastante disturbio. Por grande que sea nuestra benevolencia: un grupo de niños a menudo es un foco de ruidos molestos; hasta pueden crear serias dificultades a quien quiera seguir con atención el orden del culto. Tal vez sea mejor darles una especie de "culto para niños" aparte, o mantenerlos ocupados en las clases de escuela dominical mientras los adultos se dedican a su adoración "adulta".

Pero entonces puede ocurrir que algún día nos preguntemos, asombrados: "¿Cómo es que nuestra gente joven no aparece en la iglesia? ¿A qué se debe que el domingo por la mañana prefieren ir a cualquier otra parte en vez de acompañar a sus padres al culto?"

Mejor sería que nos preguntásemos: "Si hasta ahora se los excluyó del culto, o a lo sumo se toleró su presencia, ¿por qué arte de magia habrían de decidirse de repente por ocupar un asiento en la iglesia?"

T. Schroeder,
editor de materiales para
Escuela Dominical.

III

¿ Es posible predicar al niño en el lenguaje del niño ?

Un sermón para niños es un recurso que permite a la congregación transmitir un doble mensaje: el mensaje del evangelio en una forma que el niño pueda entender y recibir con gozo; y el mensaje de que los niños son importantes para Dios y su iglesia, y estimados por ellos.

Poder dirigir un mensaje a los niños: ¡qué alegría! - pero

también ¡qué problema! Condensar en menos de cinco minutos una verdad espiritual y hacerla comprensible para chicos desde pre-escolar hasta tercero o cuarto grado es a veces una dura lucha. Pero el esfuerzo y el tiempo que se dedica a ello están bien invertidos. ¿Podrá haber algo más importante que el nutrir la vida de fe y de adoración de un niño?

Si en su parroquia no existe un ministerio de predicación a la niñez, ¿por qué no iniciarlo el domingo próximo? - Sí, pero ¿cómo?

En primer lugar: descubra qué "verdad espiritual" desea compartir con los niños. Recuerde: el tiempo de que dispone, no le permitirá exponer más que un solo punto. Tenga un claro concepto de lo que quiere decir, y trate de decirlo en una forma tal que un niño de 3 años lo pueda captar.

Por ejemplo: "Jesús es la luz del mundo". Para un chico de 3 años, Jesús es Jesús, y una luz es una luz. Jesús no puede ser una luz - Jesús es una persona. Pero lo que sí entienden los niños es cómo un bichito de luz en un cuarto oscuro los hace sentir: los hace sentir felices! Y la luz del bichito hace que la oscuridad ya no sea oscuridad. ¡Ahí está la solución! Jesús hace desaparecer el pecado así como el bichito de luz hace desaparecer la oscuridad, y los dos nos hacen felices.

Y ahora: cuente esto a los chicos de una manera tal que ellos mismos se sientan implicados. Preséntelo no como una lección, sino como un gran acontecimiento. De este modo, los chicos se llevarán la impresión de que estar en la iglesia es algo que lo llena a uno de alegría. Cante con ellos una canción, dígales que den un abrazo a sus padres, o la mano a un amiguito, y compartan con ellos la luz y el amor de Cristo.

Los niños son un don especialmente precioso de Dios. Merecen el tiempo y la energía que nos cuesta el integrarlos en la familia de los que adoran al Padre que está en los cielos.

¿Por qué no comenzar el domingo próximo ... ?

B.F. Freudenberg,
director del Ministerio a los Jóvenes
Igl. Luterana "Concordia", Kirkwood, USA

IV

... y el otro lado de la medalla:

El "activismo eclesiástico" puede influir en forma negativa en la vida familiar.

El así llamado "stress" y las presiones a que estamos sometidos en nuestro trabajo pueden incidir de un modo muy negativo en nuestra vida personal y familiar. De ahí que muchas empresas estén re-examinando el trato con su personal e intentando crear un mejor clima de trabajo, a los efectos de desactivar algunas tensiones y contribuir a estabilizar las relaciones familiares expuestas a un creciente deterioro.

Como iglesia, podemos aprender algo de este ejemplo. En los materiales publicados para la enseñanza y edificación cristiana en la escuela y en el hogar siempre hemos enfatizado los valores de la familia. No obstante, si analizamos el programa de trabajo en la congregación local, tal vez descubriremos que aquí y allá ese trabajo va en detrimento de la vida hogareña.

¿Cómo es la situación en la congregación de Ud.? Para evaluarla, le podrá resultar de utilidad responder al siguiente cuestionario:

- + ¿Con cuánta frecuencia su congregación ofrece actividades "para toda la familia", como excursiones, campamentos, comidas de camaradería y cultos especiales?
- + ¿Cuál es el promedio semanal de días, o tardes, u horas, que un miembro activo de su congregación dedica a actividades de su iglesia?
- + ¿Qué horas de la noche o del fin de semana se reservan estas personas para dedicarlas al trabajo de su congregación?
- + ¿Ocurre que el horario de reuniones y otras actividades interfiera en el tiempo destinados por regla general a la convivencia en familia? (Las reuniones que se celebran por la noche o el fin de semana, ¿no se podrían pasar a horas más tempranas?)
- + ¿Se brinda un cuidado adecuado a los niños durante el tiempo en que los mayores están ocupados en una actividad congregacional?

- + ¿Hay espacios dentro o fuera de la propiedad de la congregación donde los chicos puedan jugar sin correr peligro?
- + ¿Funciona en su congregación algún programa informativo y/o educativo para adultos acerca de conductas de padres, fases en el desarrollo de los niños, y temas afines?
- + ¿Cuenta su congregación con grupos de apoyo para adolescentes, jóvenes, madres, padres? ¿Hay líderes calificados y entrenados al frente de dichos grupos?
- + ¿Existe, o se podría crear, un programa para ofrecer integración al hogar a quienes carecen de él, mediante apadrinamiento, adopción u otra vía?

A medida que examinemos los programas y las prácticas de la congregación, sin duda surgirán unas cuantas preguntas más, que dirigirán nuestra atención al impacto que produce el trabajo en interés de la iglesia sobre la vida de las familias, y que nos ayudarán a proceder con más cautela al hacer nuestras planificaciones, a fin de no invadir áreas de otras actividades, igualmente legítimas.

Al servir y cuidar también los intereses de la familia, la iglesia estimulará a sus miembros a una participación más gozosa y espontánea en el ministerio al cual todos hemos sido llamados.

Susan M. Noffke, M.S.S.W.
 jefa del programa de desarrollo de la
 Clínica Regional de Austin, Texas, USA.

Las cuatro colaboraciones de esta sección fueron publicadas en ALIVE, abril y agosto de 1986. No todo refleja nuestra situación, no todo es aplicable a ella, pero en todo caso ... da que pensar.

Tradujo: E. Sexauer

* * * * *